

EN RECUERDO DE ANTONIO LÓPEZ EIRE (1944-2008)

JUAN CARLOS IGLESIAS ZOIDO
Universidad de Extremadura

Cuando ya se acerca el segundo aniversario de la muerte de Antonio López Eire, ocurrida en un terrible accidente de tráfico el día 21 de septiembre de 2008, el Consejo de Redacción del *Anuario de Estudios Filológicos* de la Universidad de Extremadura me ha pedido que redacte una nota en recuerdo de quien fue uno de los más destacados colaboradores en su Consejo Asesor. A lo largo de estos años han sido muchos los artículos de homenaje que han glosado la figura de Antonio y que han destacado su trayectoria profesional y humana. Remito a ellos, especialmente al sentido homenaje que le rindieron maestro, compañeros y discípulos en la Fundación Pastor de Madrid en el mes de octubre de 2009. Todos los que han tratado su figura han destacado que, a lo largo de estos años, se había convertido en uno de los más importantes especialistas en campos tan dispares como la lingüística griega, la literatura antigua, la retórica y poética clásicas o los estudios de comunicación. Era uno de los investigadores más reconocidos y valiosos con los que contaba el campo de las Humanidades en la Universidad española. La huella dejada en la Cátedra de Filología Griega de la Universidad de Salamanca, la repercusión de su amplio *curriculum* investigador y la labor como difusor y como conferenciante que le llevó por todo el mundo dan testimonio de una personalidad que no deja de agrandarse con el paso del tiempo. Todos estos aspectos que conforman una figura muy poco frecuente (la del óptimo profesor, el inmejorable investigador y el brillante e inspirado conferenciante) han ido poniendo de manifiesto, por si a alguien le cabía alguna duda, que hemos convivido con una figura excepcional.

En este sentido, permítaseme utilizar una cita, un tanto extensa, de un artículo de J. Gomá sobre el arte de pronunciar «aladas palabras», publicado en *El País* el día 22 de mayo de 2010, y que me ha recordado con enorme

viveza la que fue una de las características definatorias de la personalidad y de la profesionalidad de Antonio. Aquella que le marcó más como personaje público y abierto a la sociedad. Dice así:

«La presencia de una asamblea reunida ante un orador compromete a éste de dos maneras. En primer lugar, a la vista de un público que se ha reunido para escucharlo, el orador no puede incurrir en la desconsideración de declarar conceptos, ocurrencias o caprichos banales de interés exclusivamente particular que sólo a él le conciernen, sino que, si es mínimamente consciente de la situación, adoptará el tono adecuado y disertará “en nombre de todos”, asumiendo la posición de un “yo generalizado” en el que todos los oyentes pueden hallar un punto de encuentro. De ahí ese acento grave, moral, edificante, de alta responsabilidad, que es intrínseco al registro oral. En segundo lugar, en el acto público los comparecientes prestan su atención al orador; ahora bien, la atención es sagrada, porque somos seres *atencionales* y donde está nuestra atención está nuestro corazón y nuestro ser por entero. Por consiguiente, prestar nuestra atención es prestar nuestra alma. De modo que, ¡por los dioses!, los oradores harían bien en recordar siempre que la amable audiencia les presta su atención pero no se la regala y que, una vez terminada su intervención, vencido el préstamo, han de devolverla sin grave quebranto atencional y, mientras la tienen provisionalmente en depósito, están obligados en conciencia, si conservan aún porciones de buen juicio, a respetarla, a cuidarla y, si es posible, a entretenerla y entretener a sus legítimos poseedores. De ahí ese segundo elemento de la buena oralidad: el hechizo, el encantamiento, el carisma, la santa amenidad. Y cuando el orador, sensible a la naturaleza de las formas orales de comunicación, cumple con los dos compromisos expresados —el de ser responsable en la elección de temas de común interés y el de tratar con el debido respeto a la atención confiada en préstamo—, la asamblea expectante siente la emoción de estar asistiendo colectivamente a un momento único, por lo que tiene de acontecimiento performativo, vívido, irrepetible».

Ambos compromisos los personificaba Antonio López Eire de un modo como no he conocido en ningún otro orador. Sus conferencias siempre adquirirían ese carácter de acontecimiento irrepetible que, no obstante, conseguía reproducir una y otra vez. Con una sorprendente facilidad que era fruto de una admirable combinación de *natura* y de *ars*. Sin duda, Antonio tenía el don de la elocuencia. Gracias a esa gota de rocío o de miel que las musas o Apolo colocaban en su lengua, Antonio lograba con sus palabras ese efecto arrebatador del que habla Homero cuando nos describe la oratoria de Ulises. El público, como si se tratase de unas simples limaduras de hierro, tal y como Platón describe la reacción de los oyentes ante el buen hacer del rapsodo Ion, se sentía invariablemente atraído por la fuerza magnética de sus palabras. En otros tiempos y con otra mentalidad, sin duda se le hubiera identificado con un orador inspirado. Pero ese don, como sabe-

mos todos los que nos dedicamos a la retórica, no es suficiente. Sin lugar a dudas, esa capacidad oratoria y ese poder de convicción no hubieran sido tales sin los otros dos factores que caracterizaron su figura y conformaban su *ars*: su visión como educador, que le hizo ser consciente de la necesidad de una clara y directa estrategia didáctica, y la profundidad que alcanzó como investigador, que le permitió tratar temas de enorme complejidad con una sorprendente sencillez y una desarmante cercanía. Sin ambas cualidades, esta tercera no habría destacado tanto como lo hizo en vida.

Pero es que, además y esto hace aún más grande su figura, Antonio no sólo fue un gran orador, un óptimo docente y un inmejorable investigador, sino que también fue una excepcional persona. Fue enormemente desprendido y nunca, desde que lo conocí hace más de veinte años, estando ya en la más alto de su carrera, dejó de prestar su colaboración desinteresada en cualquier tarea o actividad que se le plantease. De hecho, Antonio siempre fue generoso a la hora de ayudar a otros en el nacimiento, en el desarrollo y en la andadura de nuevos proyectos. Y esta cuarta característica pudimos disfrutarla ampliamente en la Universidad de Extremadura. Antonio, sobre todo en la última etapa de su vida, fue una presencia frecuente en nuestra región. En la Facultad de Filosofía y Letras, en Cáceres, donde presidió tribunales de Tesis y pronunció ponencias en congresos científicos. Pero no sólo aquí. De hecho, recuerdo que una de las primeras conferencias que Antonio dió en nuestra región fue en el año 1993, en unas Jornadas organizadas por el Área de Filología Griega en la Residencia Universitaria de la Caja de Ahorros de Badajoz. Era un caluroso mes de junio, nada propicio para contar con un buen número de asistentes. Sin embargo, a pesar del calor y de que su intervención coincidía con la Feria de Badajoz y con el final del curso, la sala se llenó de antiguos alumnos, en ese momento profesores de instituto, que acudieron a escuchar con veneración a quien había sido su profesor más destacado en la Universidad de Salamanca. Esa fue una de las primeras veces que estuvo con nosotros. Después, de manera continuada, participó en muchas de las actividades desarrolladas en nuestra Universidad y, especialmente, son muy recordadas sus conferencias en el Ciclo Ideas del Festival de Teatro Clásico de Mérida. Se convirtió, de hecho, en una de las figuras que repetía año tras año gracias al respaldo incondicional de un público entregado. Disfrutar de su oratoria y luego de su amena conversación fue un placer del que disfrutamos, durante las noches de más de cuatro veranos consecutivos, quienes tuvimos la suerte de oírle y de aprender con sus palabras. Finalmente, formó parte del Consejo Asesor del *Anuario* desde hacía más de seis años y colaboró activamente en el surgimiento de nuevas revistas editadas por nuestra Universidad, como *Talia dixit*, donde se publicó, de manera ya póstuma, su último trabajo.

Por toda esta labor, por todo lo que aprendimos de él, por el ejemplo profesional y humano que siempre dio, sirvan estas líneas como un sentido homenaje a la memoria de un hombre que deja un vacío muy difícil de llenar. Su legado, no obstante, sigue vivo entre nosotros. Y, sin duda, esta permanencia constituye en sí misma uno de sus más importantes logros.